

La Hermandad de las Damas del Sol

Según cuenta la Leyenda, fue la Dama Sol, junto con el Caballero de la Media Luna, la que quiso que el secreto del vino mozárobe, que se criaba en las tinajas escondidas en las bodegas subterráneas de Rechenna, fuera guardado para que no se perdiera con el paso del tiempo; y antes de que vieran llegar el final de sus días de amor, fundaron “*la Hermandad de las Damas del Sol*”, una sociedad oculta e impenetrable que, bajo el lema: “*no probaréis mis labios sin antes probar mi vino*”, solamente admitía como miembros a las jóvenes mujeres de la región que aún no hubieran conocido amante.

La Dama Sol y el Caballero de la Media Luna acordaron que, después de que ella muriera, cada año, cuando las uvas hubieran alcanzado el color dorado en su piel, se elegiría entre todas las componentes de la Hermandad una nueva Dama Sol, que sería la responsable de guardar y hacer guardar los secretos de las bodegas. Esta Dama estaría obligada a mantenerse virgen durante el periodo de su reinado, y a proteger las virtudes del vino y, si fuera necesario, a defenderlo, junto con el resto de las damas, de aquellos enemigos que intentaran destruir las bodegas enterradas en la húmeda tierra.

Desde entonces, cuando llega el otoño y los racimos ya están maduros y listos para ser transformados en mosto dulce que pronto se convertirá en vino excelso, las Damas de la Hermandad se reúnen con reservado y misterioso sigilo entre las peñas de las bodegas que se abren en el interior de la tierra, y allí eligen a la que será la Dama Sol hasta el año siguiente. Y bajo juramento, todas ellas prometen que no dejarán que sus labios se junten con los de los hombres a los que aman antes de que ellos beban y saboreen, con gozo y placer, ese vino mozárobe que es tan suave como sus manos, tan dulce como sus labios, y tan embriagador como sus pechos.

Y aún hoy en día, a pesar del mucho tiempo pasado y de los grandes cambios acaecidos, cuando las uvas están prestas para dejar escapar su dulce néctar, todas las mujeres jóvenes de la comarca, que aún no han probado el amor, se citan calladamente, y envueltas en la oscuridad de la noche bajan a las entrañas de la tierra, donde designan y aclaman a la Dama Sol que reinará en el año, y a continuación, van pasando delante de ella jurando defender las bodegas y mantener su secreto, sellando sus labios con un beso y un brindis con vino de Rechenna.

Se dice, se rumorea, se susurra, que en las noches del equinoccio de otoño, cuando la Hermandad se congrega para nombrar a la nueva Dama Sol, se puede oír un galope que resuena por encima de la tierra seca donde arraigan los viñedos; y también se comenta, en medio de silencios cómplices, que algunos de los viejos del lugar en alguna ocasión han visto cruzar entre las sombras, bajo la luz de la media luna, a dos caballos que cabalgan veloces sobre los cerros donde crecen las vides: uno blanco, montado por una mujer de cuerpo esbelto y hermoso, y que luce una larga cabellera negra que cae por su espalda y termina reposando sobre la grupa del noble animal que la lleva, y otro negro, sobre el que se distingue la silueta de un hombre fuerte y guerrero, ataviado con una chalina blanca que cubre su cabeza y resbala libre por su hombro hasta mezclarse con las crines del caballo. Y cuentan a media voz, que los dos jinetes, cuando llegan a la entrada de la bodega donde está reunida la Hermandad, embridan sus caballos a la puerta, y montan guardia para que nada perturbe a las damas ni nadie interrumpa la secreta reunión. Después, cuando termina la elección, y una vez oficiado solemnemente el sagrado rito del juramento, la nueva Dama Sol sale sola a la puerta, llevando en sus manos una copa de plata llena con el primer mosto de la primera pisada de las primeras uvas, y se la ofrece al Caballero de la Media Luna y a su amada, la Primera Dama Sol, que son los centinelas que vigilan la entrada; y ellos beben el nuevo vino que está naciendo, antes de juntar sus labios en un beso, el beso de Rechenna, como hicieron aquel atardecer, cuando él probó por primera vez el vino y ella el amor.

Aunque nadie lo contó hasta ahora, la Leyenda se sigue cumpliendo, y el vino se vuelve a criar de nuevo cada año en las tinajas de barro: un vino de color intenso con tonalidades de rojo cereza, mostrando una mezcla de aromas balsámicos de maderas finas con fragancias de frutas maduras, y con un ligero sabor a cuero viejo y un agradable toque ácido, llenando la boca del que lo bebe de sensaciones alegres, frescas y placenteras.

Y los secretos de ese vino todavía permanecen celosamente guardados por la Hermandad de las Damas del Sol.